



BRUJAS y NIGROMANTES

HERMANDAD

RAQUEL BRUNE

LAS BRUJAS YA NO SE ESCONDEN...

Tras siglos de persecución, las brujas al fin pueden mostrarse ante el mundo sin miedo: comparten sus vivencias en la red, se graban practicando hechizos y celebran fiestas exclusivas a las que solo pueden acudir quienes pertenecen al aquelarre. Han sellado una tregua con los nigromantes, y la gente corriente ya no ve en sus peculiares prácticas mágicas una amenaza.

Sabele, una joven bruja, está a punto de presentarse a las pruebas de aprendiz de la Dama que se disputan una vez al año... pero, durante la noche de la elección, se produce un inesperado vuelco del destino.

Cuando el acuerdo de paz entre brujas y nigromantes salta por los aires, Sabele y sus amigos empiezan a presenciar muertes en ambos bandos y comprenden que nadie está a salvo. Y en mitad del caos, mientras brujas y nigromantes se preparan para la batalla definitiva, un poder sin igual aguarda a ser invocado para alzarse de entre las sombras.

UN PLAN SECRETO AMENAZA CON ACABAR CON
TODOS LOS PRACTICANTES DE LA MAGIA EN ESTA
EMOCIONANTE NOVELA DE FANTASÍA URBANA.

Índice de contenido

Cubierta

Hermandad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Sobre la autora

*Para todas las personas que nunca dudaron de
mis sueños.
Para todas las personas que trabajan para
conseguir los suyos.
Para ti, mamá, que siempre estás ahí.*

Sabele era de ese tipo de personas a las que todo el mundo adora, incluso aquellos que desearían odiarla. A pesar de las envidias que despertaba allá donde fuera, su lista de enemigos personales era casi tan escueta como la de sus defectos. Y su vida no solo parecía perfecta en las redes sociales, donde cosechaba miles de seguidores, sino que realmente lo era.

Compartía un coqueto pisito con sus tres mejores amigas en Malasaña, un céntrico barrio de Madrid frecuentado por todo tipo de artistas y gente interesante; y últimamente, también por muchos turistas y aquellos estudiantes de intercambio que podían permitirse pagar los alquileres al alza. Tenía un fondo de armario digno de una aristócrata; la mayor parte de su ropa eran regalos de las marcas que se peleaban por vestirla, aunque la mitad de sus prendas parecían sacadas del baúl de porsiacasos de una cantante de los noventa (y, evidentemente, en ella resultaban de lo más favorecedoras). Su piel era tersa e impoluta como la de una estatua griega, su risa contagiosa y su rostro tan geométrico que más de uno y de una casi habían sufrido el síndrome de Stendhal por mirarla durante demasiado tiempo.

No le había hecho falta estudiar una carrera ni matarse como becaria por un salario de chiste para ganarse la vida holgadamente a sus veintiún años. Todo gracias a su blog (que últimamente tenía algo abandonado), su canal de YouTube y su cuenta en Instagram. Tampoco necesitó la ayuda de ningún familiar para volar del nido a los dieciocho.

Sabele lo tenía todo. Era joven, independiente, inteligente y contaba con todos los medios para llegar adonde quisiese, además de que también era... ah, sí, *una bruja*.

Por fortuna para Sabele y su estilo de vida, en pleno siglo XXI una podía exhibir sus talentos mágicos ante millones de internautas sin correr el riesgo de ser quemada en la hoguera; incluso podía ganarse un sueldo haciéndolo.

Sí, Sabele era afortunada y era consciente de ello. Y por eso evitaba quejarse si en algún momento su vida parecía volverse cuesta arriba. Se limitaba a devolverle al mundo las oportunidades que este le brindaba siendo amable y generosa con quienes solicitaban su atención o ayuda; de hecho, se pasaba horas respondiendo a casi todos los comentarios de los seguidores que pedían sus consejos. Para ella, las preocupaciones eran simples baches pasajeros a los que no merecía la pena dar excesiva importancia; sabía que en algún momento pasarían, a veces lo hacían casi como por arte de magia.

Hasta que, por supuesto, llegó el día en el que le conoció.

Pero tomémoslo con calma. Empecemos por el principio, por un día corriente, en el que el destino comenzó a hacer de las suyas. Y es que, a veces, es mejor dejar que el universo maquine a sus anchas en lugar de arriesgarse a desafiarle.

Ajena a la burla cósmica que se le venía encima, Sabele preparaba el guión de su próximo vídeo: *Conjuros y piedras para aprobar los exámenes*. Agitaba los pies en el aire de manera casual, con el vientre sobre la cama y su larga melena rubia recogida en el típico moño desenfadado que solo favorece a unas pocas elegidas. A su lado, Rosita intentaba inútilmente sumergirse en la lectura de su nuevo libro: *Pociones del Pacífico americano*.

Ni siquiera sabían por qué se molestaban en disimular. Cuando las tres estaban en la misma habitación, concentrarse era tarea imposible.

—¿De verdad vas a hacerte Tinder? —preguntó Ame, sentada en el suelo sobre la alfombra de pelo sintético, tan blanca como el resto de la minimalista habitación de

Sabele, ese que tan bonito e idílico quedaba en sus fotos y vídeos. Aquel blanco puro era interrumpido únicamente por el color de unos pocos libros en su estantería y por un estandarte gris con la figura de una serpiente que pendía sobre la pared, justo encima de la cama.

Sabele fingió hacer anotaciones en su cuaderno mientras respondía.

–¿Por qué no?

–Es que hacíais tan buena pareja... ¡Y solo han pasado tres días! ¡Tres!

–Deja que la chica se divierta un poco –dijo Rosita sin alzar la vista de las páginas amarillentas del pesado volumen negro.

–Tres días –insistió Ame.

–Bastante he hecho con dejar que pase el primer fin de semana. ¿Por qué tendría que esperar más tiempo? Yo quiero conocer gente nueva *ahora* –se defendió Sabele, consciente de que lo que acababa de decir no era del todo cierto. Las pruebas de aprendiz de la Dama eran en un par de semanas y le convenía concentrarse, pero quería dejar claro que no tenía intención de pasarse el día lloriqueando por las esquinas.

–¿Para qué tanta prisa? ¡Por la Diosa, Sabele! Todos dábamos por hecho que Cal y tú estaríais juntos para siempre, ¡sois la pareja perfecta!

–Lo *éramos* –corrigió Sabele, sin permitirse el lujo de mostrar el más leve signo de pena.

Ninguna de las dos estaba exagerando. Eran *perfectos* el uno para el otro en su pequeño mundo ideal, y precisamente por eso, Sabele le había dejado.

Desde el flechazo a la ruptura, pasando por casi cuatro años de noviazgo, Sabele y Cal habían reunido todos los requisitos de un amor de película. Se conocieron en un festival de música en pleno verano cuando él se ofreció a auparla para que viese mejor después de que un tipo de casi dos metros se colase a codazos justo delante de ella.

Después del concierto comieron algo juntos, pasearon por la playa y acabaron viendo el atardecer a la orilla del mar tras pasarse horas hablando sin parar.

Desde entonces, no se habían separado.

Su relación no tenía fisuras, no habían permitido que la rutina acabase con la pasión de los primeros días; los celos, las mentiras y el control no tenían cabida entre ellos, y jamás se reprochaban nada que hubiesen acordado olvidar. Por no hablar de que los dos eran asquerosamente fotogénicos, juntos y por separado.

Sin embargo, como tantas otras cosas en las redes, lo que parecía tan perfecto gracias a los filtros y a los pies de foto filosóficos, no lo era tanto en la vida real. Sabele se había valido del clásico «no eres tú, soy yo» para explicarle que los dos se merecían algo más que un amor de postu-reo. Ella había cambiado mucho en aquellos cuatro años, él no tanto. No había mucho más que pudiesen hacer al respecto.

La noticia de su ruptura se extendió por internet a una velocidad vertiginosa, y miles de corazones se rompieron al ver como su referente de «amor verdadero» se resquebrajaba. Entre todos esos corazones, estaba también el de su buena amiga Ame.

—¡Venga ya! Eso no hay quien se lo trague. Corta el rollo y confiesa de una vez —dijo Rosita, cerrando su libro de golpe y dejándolo a un lado. No tenía sentido seguir engañándose. No iban a tener una tarde productiva—. ¿Por qué lo dejasteis? ¿Quién le puso los cuernos a quién?

—¡Nadie! ¿Por qué todo el mundo siempre supone que hay una tercera persona implicada?

Los rumores y los intentos de explicar una ruptura que nadie vio venir se propagaron casi a la vez que la noticia. A pesar de las numerosas y variadas versiones, de los mensajes de ánimo y de la preocupación de centenares de desconocidos, nadie había logrado dar en el clavo. Sabele se sintió algo decepcionada, creyó que alguien la

comprendería. ¿De verdad todavía hay alguien que crea que el amor puede ser eterno, que la chispa nunca va a desaparecer? En las novelas románticas, la chica inocente y callada de dieciséis años siempre se enamora perdidamente del chico misterioso de mandíbula definida y ojos verdes, pero nunca te cuentan qué pasa cuando esa chica cumple veintiuno y está cansada de sentirse como una niña pequeña a su lado.

—No sé lo que piensa el resto del mundo, pero nosotras somos tus amigas. Nos puedes contar la verdad —insistió Rosita.

—Por última vez, no hay cuernos.

—¿Y por qué lo has hecho entonces? —replicó Ame, que casi se lo tomaba como una afrenta personal.

«Ni que te hubiese dejado a ti», pensó Sabele ante la indignación de su amiga.

—No teníamos muchos motivos para seguir juntos más allá de la inercia. Una relación así no es muy sostenible. Prefiero tenerlo como amigo.

A Sabele no le bastaban ni la perfección ni la comodidad, ella quería más. Quería el peso ineludible de la gravedad, de un amor del que no quisiese huir, de una persona a su lado que le recordase que era fuerte y valiente, pero que estuviese dispuesto a ofrecerle su ayuda si se la pedía y a dejarse ayudar por ella si lo necesitaba. Porque, si lo que podía esperarse del amor verdadero era lo que ella había sentido en los últimos meses que pasó junto a Cal... Bueno, eso sería una gran decepción.

Tal vez se equivocase, como sugerían las expresiones anonadadas de sus amigas. Puede que lo que buscaba no existiese, pero no podía soportar esa vocecilla constante en su cabeza que no dejaba de repetirle que había algo mejor ahí fuera, algo que podría hacer que se sintiese como la persona que era y no como lo que ya había dejado de ser hacía tiempo, como una chica «perfecta» que no podía permitirse el lujo de tener ningún defecto. Podría

haberles hecho caso y conformarse con lo que tenía, que era mucho más de lo que encontraban la mayoría de las personas, pero sabía que eso la habría convertido en una egoísta.

Cal era una buena persona; él también merecía algo más, alguien que tuviese claro si quería o no estar a su lado.

No había tenido más remedio que romperle el corazón. Mirarle a los ojos y ver la verdad cayéndole encima fue lo más duro, pero cuando todo terminó, se sintió tan liviana y libre como cuando tenía quince años y salía a la plaza a comer helado en pleno verano.

—¿Inercia? ¡¿Amigo?! —Rosita alzó las cejas sorprendida—. A ver... cariño, llevas mucho tiempo fuera del mercado y no sé qué crees que vas a encontrar en internet. —Se acercó a ella para mirarla fijamente a los ojos—. No hay muchos tíos como Cal ahí, ¿sabes?

—¿Tú no deberías estar de mi parte?

—¡Lo estaba cuando creía que el muy lerdo había hecho algo para merecérselo! En fin, yo no voy a decirte lo que tienes que hacer, pero... a ver, Cal... —Rosita se mordió el labio y cerró los ojos con intencionada lascivia a modo de explicación.

—No seas superficial —protestó Ame de nuevo, acurrucándose bajo una manta de colorines, como si el mundo exterior fuese demasiado inhóspito para ella—. Lo importante no es eso, lo importante es... que teníais algo.

—Sí, una historia que se ha acabado. Punto. —Sabele apartó su cuaderno, harta de dar explicaciones, y se estiró hasta alcanzar su móvil en la mesilla de noche.

Desconectó el altavoz, desde el que hasta hacía un segundo emanaba la voz de Lorde, lo que las sumió en un brusco silencio. Se sentó con las piernas cruzadas, armada con su teléfono móvil como si de una declaración de intenciones se tratara.

–Y para que quede constancia de que estoy muy segura de lo que hago... voy a hacerme una cuenta en Tinder ahora mismo. –Aunque solo fuese por llevar la contraria.

–Tú misma. Ahí no vas a encontrar al amor de tu vida –sentenció Ame a la vez que se cruzaba de brazos, casi ofendida.

–¿El amor de su vida? ¡Por Morgana! –exclamó Rosita entre risas–. Qué antigua eres...

–No quiero encontrar al «amor de mi vida», Ame. Solo quiero saber cómo es eso de ser una veinteañera soltera, tener unas cuantas citas, ver cómo está la cosa ahí fuera... Nada más. Aunque... ¿cómo estás tan segura de que no se puede encontrar el amor verdadero en internet? Tal vez mi príncipe azul esté a un *match* de distancia.

–Eso ha sonado como el eslogan de web de citas más cutre de la historia. Brujas y príncipes, lo que me faltaba por oír... –dijo Rosita, quien se puso en pie de un salto–. Voy a la cocina a por picoteo, ¿queréis algo?

–Los valores de nuestros antepasados se derrumban y tú te vas a comer... –dijo Ame en su peculiar guerra contra el mundo moderno.

–Habla por tus antepasados, las brujas del Caribe jamás han sido precisamente aficionadas al matrimonio y a la familia tradicional. –Le guiñó un ojo–. ¿Quieres papeo o no?

–Ya que vas... Trae *marshmallows* –dijo Ame, repentinamente convertida en una dulce niña que no había desobedecido a sus padres jamás.

–Hecho. ¿Y tú, Sabelita, quieres algo?

–Yo quiero que Ame me responda –responde Sabele negando con la cabeza.

–A lo mejor no te gusta lo que tengo que decir...

–Sobreviviré.

–Pues... está bien. Creo que esas cosas son solo para gente desesperada o que solo busca... bueno, ya sabes. Y